

POESIA DE
GERMAN PARDO GARCIA



Diálogo entre sombras con Germán Pardo García

GUSTAVO PAEZ ESCOBAR*

Intensidad del anacoreta

Este reportaje es el resultado de una gran insistencia. Yo sabía de antemano que entrevistar a Germán Pardo García no era empresa fácil. Casi un imposible. El poeta se mantiene aislado en su domicilio de la ciudad de México y evita el contacto con el mundo externo. "El mundo falsario y estridente —como lo califica—, con el que está por contraste en bronco trato diario sacándole chispas a golpes de lucha". La gente lo perturba, lo disipa, lo irrita. Su alma, atormentada y fugitiva, vaga por el laberinto de penumbras en que se ha convertido, desde siempre, su residencia en la tierra. Vive a plenitud su tremenda inmensidad de anacoreta.

El teléfono permanece interrumpido y las ventanas cerradas. Muy pocas personas logran traspasar el muro que lo separa del bullicio mundanal y, ya en su interior, surge la trascendental y desolada constancia de una vida que huye del ruido y la frivolidad para mantenerse en diálogo con sus dioses y sus fantasmas. Y se le considera, como ironía, tal vez el mayor poeta vivo del mundo. Varias veces se le ha postulado para el Premio Nobel de Literatura, pero él dice que no nació para obtener premios, para el triunfo, sino para la lucha y el dolor.

Sin embargo, me propuse comunicarme con él. Conseguir sus res-

* Jurista, escritor, periodista, académico, columnista del diario El Espectador, profesor universitario.

puestas se convirtió para mí en una obsesión. Antes de tocar a su puerta llamé a su alma. Y obtuve contestación. El poeta me había cogido aprecio y accedió a mi pretensión. “Quiero ponerlo a hablar con su conciencia. Cuando se está en la última etapa de la vida el corazón habla con más sinceridad”, le manifesté. Y él, al final del diálogo y cuando las sombras se habían despejado, me expresó: “Gracias, querido amigo Gustavo Páez Escobar, por hacerme compañía. Ahí queda el reportaje. Pero no me torture más... No tengo Dios, no tengo eternidad, sólo la oscuridad y el terror. Aun así, le escribo en griego, el idioma que tanto me ayudó, las palabras que fueron mi divisa: Irene kai elpix: *Paz y esperanza*”.

Su niñez y su adolescencia, desamparadas

Quise llegar hasta las raíces de su neurosis removiendo las brumas de su niñez y su adolescencia desamparadas. El individuo, para explicarse a sí mismo y hallar las claves de sus enigmas, debe descender hasta los abismos de sus más recónditas honduras. En esta charla entre penumbras y frente al majestuoso símbolo de su patria colombiana que él conserva como un grito de rebeldía, —la bandera victoriosa— habla el poeta pero sobre todo habla el hombre. Franco, descarnado, desnudo, caótico, exhibe entre agnosticismos y perplejidades, entre soberbias y humildades, sus duelos y cicatrices como proclama de miserias y grandezas. “Poeta de la brizna y el cosmos” lo llama Adel López Gómez.

Con *Ultimas odas*, la obra que acaba de salir publicada como las anteriores por la Editorial Libros de México, Pardo García da por concluida su labor de 72 años ininterrumpidos haciendo poesía. Se traiciona, porque luego elaboró otro poema, como aquí se verá. Ojalá este no sea su último reportaje. Es, por lo pronto, el de mayor densidad humana.

El primer libro: “Voluntad”

—Usted comenzó a ser poeta a los 11 años de edad. Su primer libro lo publica en 1930, cuando tenía 28 años. Acaba de cumplir 72 años ininterrumpidos de poesía y en ese trayecto realizó una obra extensa y selecta. Se me ocurre una pregunta: ¿el nombre de *Voluntad* que le puso a su primer libro tiene algún significado con esta fecunda realización intelectual?

“En efecto, ese título de *Voluntad* para el segundo de los libros —porque el primero, hoy desaparecido, es *Arbol del alba*—, publicado por Germán Arciniegas en su colección de “Universidad”, lleva implícito un poderoso deseo mío de no permitir que la adversidad de mi infancia y primera juventud doblegara mi carácter. Ahora, a los 85 años de mi atormentada vida, desgarrado por el recuerdo de mis primeros infortunios, *Voluntad* es no solamente el título de una obra mía sino el grito de rebelión de mi espíritu. Mi labor será oscura, pero mi destino quedó cumplido”.

—Ahora, cuando se acerca a los 85 años de edad, interrumpe usted el ciclo con el poema *Un sueño me aguarda*. Y dice, refiriéndose a usted mismo (*Nivel*, noviembre/85): “Fue solitario y atormentado, no alcanzó gloria literaria alguna, pero cumplió su destino”. Yo le refuto, maestro: Su gloria es inmensa. Su nombre es universal. ¿Cree usted que habría podido cumplir la misma obra y obtener la misma fama sin su aislamiento y su intranquilidad espiritual?

“Mi grande infortunio, mis pasiones sombrías, me condenaron a una inmensa soledad. Me volví la bestia herida que se esconde en una cueva a lamer la sangre que sus heridas derraman. Pero es verdad: sin ese bestial asalto de la existencia a mis primeros años de vida tal vez hubiese sido yo un versificador más, y no el poeta que hoy el mundo proclama. No creo en mí mismo, pero es tan abrumador el empuje de los testimonios que de todo el mundo me llegan, que me resigno, sin soberbia, a aceptar lo que me llaman: un genio atormentado hasta más allá de la muerte”.

—¿Vale la pena ser poeta de renombre, como usted lo es (postulado para el Premio Nóbel de Literatura), a costa de una vida marginada y atormentada?

“El verdadero poeta no debe aceptar la dura ley de ser o no reconocido. Se es poeta como se es león de la selva o escorpión sumergido en los más vergonzosos terrenos del mundo. Yo no busqué ser un gran poeta. Crear, sí, una necesidad biológica mía, como beber zumos amargos o aspirar nubes deletéreas”.

Poeta de las agonías

—Pardo García es el poeta de la angustia, la soledad, las agonías. Usted ha encumbrado estos sentimientos, en hermoso castellano, al plano de la auténtica belleza. ¿Para sublimar el dolor se necesita que uno mismo sienta las desgarraduras de la existencia?

“Sin el dolor, sin la imagen del poeta manchada por todas las culpas, no es posible ser humano por ende imposible ser poeta. Yo mismo me apliqué desde la infancia el terrible precepto de Menandro: nada de lo que es humano me es desconocido. Estoy atravesado por todas las espadas de la angustia, aun aquellas que le están vedadas al hombre portar sobre su cintura como palancas horribles, similares de la palanca de Arquímedes. El poeta, con su dolor como palanca, estremece al mundo, se suicida mil veces, como yo mismo me suicidé en una madrugada de espanto, pero alcanza el poder de la luz que, como afirmó Plotino, se mueve hacia la oscuridad. La luz de un gran poeta es su inmensa oscuridad”.

—Leyendo uno su obra advierte, aquí y allá, la influencia del páramo que usted vivió —y padeció— en su niñez y juventud. Este ambiente, unido a la dictadura de la nodriza sicópata al lado de la cual transcurrieron sus primeros años, y de la madrastra irascible y medio bruja que le infundió terror, lo marcó para siempre. ¿Estas dos mujeres, un semblante del páramo, no formarían en usted una aversión hacia la mujer en general?

“A pesar de que las mujeres que presidieron mi infancia, nodrizas, madrastras, fueron diabólicas y me torturaron, nunca pude experimentar hacia la mujer un rechazo físico o mental. Las he seguido amando hasta las postrimerías de mi vida. Mi libro *Tempestad* y el poema de ese libro *Canto salvaje* son la lucha de mi ser íntegro contra la mujer, a la que amé desesperadamente y odié hasta convertirla en un espectro del infierno que llevo por dentro, que me incendia y me devora”.

La soledad física y mental

—Usted no es un cantor de la mujer. El amor lo toca tangencialmente. ¿No le faltaría la compañera permanente, y auténtica, que compartiera su esencia varonil?

“Fui la soledad física y mental más aterradora que es posible imaginar. La forma como se desarrolló mi infancia en las colindancias de los páramos colombianos que me formaron a su imagen y semejanza, me condenó al aislamiento químico y físico del ser. No pude, no puedo tolerar delante de mí una presencia insistente. Ni siquiera un dulce animal doméstico, como los perritos que me siguieron en mi destierro. Comienzo, como los potros que nunca han sido montados, a escarbar con mis pezuñas, a bufar, a odiar

al que insista en acompañarme. Y, a la postre, me quedo, me quedé, como lo quise, mortuoriamente solo”.

No tengo Dios, no tengo esperanzas

—La muerte está presente en su obra a través de muchos símbolos: la angustia, la ansiedad, la soledad, las sombras, el páramo... Me gustaría saber si morir es para usted una liberación o un golpe, un hallazgo o una negación.

“A pesar de mi inmersión en el enorme pensamiento griego, en este caso la epístola de Epicuro a Meneceo, la muerte la considero un acto negativo de la naturaleza. No tengo Dios, no tengo esperanza, y la presencia de la muerte me atribula y enfurece, porque no la considero, como los filósofos románticos, un tránsito, pero sí una evolución de la materia”.

—El 29 de septiembre de 1979 usted se cortó las venas y el presidente de México, licenciado José López Portillo, lo salvó mediante los auxilios rápidos de la Cruz Roja. Entiendo que entonces pasaba usted por una fuerte depresión. ¿Ha logrado superar este estado de ánimo?

“En efecto: el 29 de septiembre, día domingo, a las 5 de la mañana, en un trance de pavor, destrozado materialmente por la imagen de una mujer a la que sigo amando, sin recursos económicos suficientes para salirme antes a la media noche a desalojar mi angustia por medio del juego —he sido tahúr desde los 18 años—, me sobrevino una crisis salvaje, quizá como la de Silva, y me abrí las venas. Mi sangre quedó espantosamente regada por mi humilde apartamento, se regó de la vasija en que yo la veía acumularse, salió a la calle; un amigo vió aquel drama, derribó la puerta y me arrastró moribundo hacia la Cruz Roja. Allí, médicos eminentes enviados por la primera autoridad de la República me volvieron a la vida cuando ya mi corazón apenas tenía 25 pulsaciones. Me alojaron en un sanatorio, después fui a convalecer a la casa de una prima hermana mía, y al mes me levanté del sepulcro, como Lázaro, aterrado de vivir y de morir, me cambió la mirada, se me volvió honda y desolada, y toda mi estructura física y moral quedó modificada por completo. Por contraste, comencé a cantar como jamás lo había hecho, y *Tempestad*, la obra salida como una fiera hambrienta desde el fondo de mi padecer y de mi derrota, fue mi libro supremo, mi lenguaje adquirió una densidad desconocida y es el

libro que no ha escrito aún ningún poeta. Se lo digo con humildad pero con soberbia, porque un gran poeta sin soberbia es como un águila sin alas”.

Idea negativa de la muerte

—Como auténtico cantor de la muerte y con la cual se codeó, ¿qué supone que vendrá después de la vida? ¿Le teme al hecho físico de desaparecer? ¿O, por el contrario, desea sumergirse pronto en ese *sueño que lo aguarda...*?

“No tengo de la muerte, como le digo, sino una idea negativa. Ella no es para mí sino la desintegración de un ser para unirse a la materia universal. He creído poderosamente en la materia, y como usted lo vio ya en *Últimas odas*, la materia es para mí, como para Parménides, “la razón de ser del universo”. Fui un astrofísico como no lo ha sido ningún otro poeta del mundo, y me volví cósmico y viví y soñé con la vida y la muerte en razón de ser astrofísico. Debo mucho de ello a los grandes líricos alemanes, principalmente a Novalis”.

—Mucho me ha llamado la atención el hecho de que usted fue hasta los 82 años tahúr profesional. Utilizó inclusive, dos nombres ficticios de jugador para no manchar su excelso nombre de poeta: en Colombia fue *Manuel Zárate*, y en México *José Pelayo*. Como quien dice, dos fantasmas encubiertos por una gran personalidad. ¿Esta inclinación por los antros responde a algún sentimiento frustrado de su niñez?

“Como usted lo ha leído ya en *Etiología y síndrome de una angustia*, a los 18 años el desamparo, la miseria, la soledad en que vivía, me arrojaron en los brazos desnudos y crueles del juego. Nadie lo supo hasta ahora. Y nadie me lo cree, porque no fue Germán Pardo García el tahúr, el lenón¹, el burdelario, el vago nocturno, sino en Colombia *Manuel Zárate* y en México *José Pelayo*, nombres que me puse como una máscara para cubrir mi desvergüenza y ser rechazado por la gran burguesía que rodeaba a mi padre, el ilustre magistrado doctor Germán D. Pardo, que nun-

1. *Lenón* vocablo latino que en la antigüedad expresaba lo que para nosotros significa *alcahuete* y que con el pulimento de los siglos quedó en *rufián*, que es como se usa hoy.

ca supo, como no lo supieron mis desventurados hermanos, que yo era un detritus de la noche y un dandy, un gran señor en el día”.

Probé a las esferas del bajo mundo y del hampa

—En su juventud usted frecuentó los bajos mundos del hampa y la prostitución. Fue estudiante rebelde, aunque inteligente y aprovechado. Fue precoz para el latín y el griego, pero reacio a las solemnidades académicas. Fustigó, con sus indisciplinas, a sus profesores. En síntesis, comenzó siendo una mezcla de vagabundo, insolente, antisocial, tahúr, estudioso y poeta... Explíqueme, por favor, esta rara amalgama.

“No acierto a explicar con certeza cómo fui a rodar a las esferas del bajo mundo y del hampa. Pero experimentaba un afán sordo, un deseo infinito de mezclarme con lo más bajo y hediondo de la sociedad, allá y aquí, en busca de una atmósfera satánica que me fascinaba y que es la columna vertebral de mi vida y de mi obra. A los 82 años tuve que retirarme, porque ya mi naturaleza no aguantaba las noches enteras en pie entre prostitutas, ebrios, homosexuales, fracasados, hombres que la marea nocturna arroja a las riberas devorados por sus delitos, peces hediondos en la playa de un mar impío y agonizador. Toda mi vida quedó signada por esta manera dúplice de existir. Manuel Zárate y José Pelayo se arrastraron por los delitos que guardo dentro de mí, y salpicaron y alcanzaron a manchar el peplo del poeta amado de los dioses. Manuel Zárate y José Pelayo murieron antes de mí, pero Germán los ama y los recuerda con lágrimas. Muchos que han sabido tardíamente cómo fui en verdad, me miran con desdén y me arrojan saliva. Yo alzo la testa humillada y les muestro que porto sobre los hombros casi cuarenta libros, obra nunca escrita por otro poeta cualquiera del mundo y que, si se penetra, deja escapar un vaho fétido, parecido al que surge de las letrinas de las grandes avenidas. Eso fui: una metrópoli con deslumbramientos arriba, y por dentro la depravación y el caos”.

—¿Ha sido bebedor o adicto a la marihuana y las drogas alucinógenas? ¿Ha necesitado de estos recursos para inspirarse o evadirse de este mundo de fantasmas?

“Sin propósito de que nada de lo humano me fuera desconocido, según el mandato que me diera Menandro, me valí ocasionalmente de alucinógenos y drogas interdicitas. Pero no las necesitaba para

crear: de por sí mi siquis estaba desquiciada y cualesquiera drogas no hacían sino atormentarme más”.

Temporadas en el infierno

—Usted, como Rimbaud, ha pasado su temporada en el infierno. Y como él, ha sido un poeta iluminado. La única diferencia es que él murió joven y usted va a morir viejo. ¿Considera que para el poeta es indispensable descender —o ascender— (y aquí también incluyo a Porfirio Barba-Jacob, a quien usted conoció en persona) a los límites luciferinos?

“El verdadero poeta es ya de por sí un ser contranatura, y su asomo a los resquicios de la podre humana no es una invención sino una necesidad de su conciencia. No creo en los poetas académicos, en los premios Nobel, en las condecoraciones. Una muy ilustre que me dio Colombia, la jugué en una noche de tragedia, de miseria total, de locura, y la perdí. La rescaté en una noche de azar y de horror y para no volverla a jugar se la regalé al poeta colombiano Luis Enrique Sendoya, aquí residente. Otra condecoración que me dio mi entrañable amigo el presidente Betancur, y que me fue impuesta por el embajador de Colombia aquí, hace dos años, al terminar la ceremonia me la quité y se la regalé al mismo embajador. Soy incapaz de portar sobre mi pecho desolado algo que me distinga. Sé cómo soy por dentro y cuando me enteré de que en Ibagué le habían puesto mi nombre miserable a un colegio ilustre, protesté con violencia, pero de nada sirvió. Mi nombre sigue ahí, infamando a ese colegio”.

Mi vida en México

—Desde muy joven se fue a vivir a México y sólo eventualmente ha regresado a Colombia. El poeta mexicano Carlos Pellicer, por el cual usted se estableció en el país azteca huyendo de una época bárbara para usted en Colombia, representa, sin duda, una especie de sombra protectora. ¿Qué sentimientos guarda hoy en día por su patria colombiana?

“Vine a México el 14 de febrero de 1931, invitado por Carlos Pellicer y antes por José Vasconcelos. A los dos los amé hasta el delirio. Pero Colombia es mi norte físico, hacia ella apunta la aguja magnética de mi vida sin órbitas, y una bandera de la patria está siempre en mi modestísima habitación”.

—Descubro signos conflictivos en sus comienzos como desorientado (y pavorido, mejor) habitante del páramo. Quisiera, y perdóname que insista tanto en buscar algunas claves en su oscura niñez, que me definiera en pocas palabras el sentido de estos personajes en su vida: *su padre, su madre, su nodriza, su madrastra, sus hermanos, el páramo, la mujer, el hampa, el juego*.

“*Mi padre*, un ser constructor formidable. Positivo siempre. *Mi madre*, no la conocí. *Mi nodriza*, una bruja de la Noche de Walpurgis². *Mi madrastra*, la esposa de Satán. *Mis hermanos*, ignorantes de mí. *El páramo*, la razón de ser de mi subconciencia. El huracán del páramo no ha cesado un instante de soplar sobre mí. *La mujer*, un estado de ser de mi naturaleza; un conflicto, un sexo abierto atormentándome. *El hampa y el juego*, mis hospitales nocturnos”.

—Tal vez para el común de la gente sea usted un ser descreído. Yo, por el contrario, creo que tiene fe. Pero admito que es víctima de grandes conflictos. Así se confiesa usted mismo en *Etiología y síndrome de una angustia*. Germán Pardo García puede ser, en mi concepto, escéptico pero no descreído. De lo contrario las célebres palabras anotadas al comienzo de sus libros y en sus cartas a los amigos —*Paz y Esperanza*— (o *Irene kai Elpix*, como le gusta paladearlas en griego), no tendrían sentido.

“No tengo fe, y me hace falta creer en Dios, en algo más allá. Sin ideas teológicas desde mi juventud, he flotado como una bandera derrotada. Si yo tuviera Dios, no hubiera llegado a las negras orillas de la tánatos griega³, desprovisto de todo auxilio humano. Si supiera, si pudiera rezar, rezaría. ¿Pero a quién, si no creo sino en la materia? Por ella he vivido y trabajado como verá usted en *Las voces del abismo*. Toda intención, toda la buena voluntad que pongo en creer, fracasan...”.

La sombra es fenómeno sublime de la naturaleza

—Usted aparece en las fotos entre sombras. Le gusta que el claros-

2. *Walpurgis*: se refiere a una leyenda medieval del norte de Europa y muy emparentada con las de la Selva Negra en noches de conjunciones astrales calculadas por brujos y nigromantes para evocaciones mágicas.

3. *Tánatos*: expresión griega que abarca la idea de la muerte y se extiende al sentido de desastre, ruina, torpor. El ruso Elie Metchnikoff creó en 1901 la palabra *tanatología*, o sea *ciencia de la muerte*.

curo sea su telón de fondo. Esto le ha dibujado un enigma a su personalidad. Y supongo que usted, que es un maestro en artes gráficas, ha creado, para transmitirse mejor, estos ribetes de misterio. Hablemos de sombras, maestro...

—“La sombra es para mí uno de los fenómenos más sublimes del Universo. Tengo la certidumbre de que todo el Universo es sombra, y esa sombra formidable me envolvió por completo, no como una entelequia, sino como un postulado físico. Por desventura, mi penetración en el Universo, llevado de la mano de Einstein, mi primero y mi único maestro, me condujo al caos. Yo creo que a pesar del orden matemático del Universo, el caos impera. Las estrellas novas, los hoyos negros, las moléculas aerodinámicas, todo me indica que el Universo no ha acabado ni acabará de formarse jamás. Estas son divagaciones de un hombre que se extravió de toda la ciencia que ha bebido sin poder asimilarla, y el ser un matemático, un científico, me destruyó para siempre. Ahora, al borde de los 85 años, acabo de escribir un poema aterrador: *Divagación sobre las ideas*. Usted lo verá en *Nivel*. En su último asomo del espanto, del caos”.

PRESENCIA DE LA MUERTE

*Siempre hablo de la muerte con inmensa ternura.
Su nombre lo he escuchado sin pavor desde niño,*

*cuando en la antigua casa familiar, escondida,
bajo una soledad de cedros y de pinos,*

*alguien decía, en medio del estupor nocturno:
"la sombra de la muerte pasó por el cortijo",*

*Nublábanse los rostros. Juntábanse las manos
y el corazón cesaba de acelerar su ritmo.*

*Todo quedaba inmóvil, con la quietud atónita
de las consternaciones sin fondo y sin sentido.*

*Yo abismaba los ojos azorados, por verla.
La noche estaba azul y el cielo siempre limpio.*

*Inmensidades cósmicas. Desolaciones pávidas.
Vacías las veredas. Desiertos los caminos.*

*Un tremolar profundo de los cedros y un soplo
de quién sabe qué mundos fantásticos venido.*

*Solo, enfrente del valle, con las manos cruzadas
sobre el pecho, en un acto de soledad que es mío;*

*en la actitud de calma que asumo cuando nadie
me asiste y en lo inmenso sepúltase mi Espíritu,*

C. SALAZAR 4

88



*buscaba la presencia del poderoso Arcángel,
bajo una soledad de cedros y de pinos.*

*Esta noche estoy solo, y más solo que nunca,
buscándome en el tiempo sin encontrar los signos*

*inertes de mi vida. ¡Qué pronto, ya no soy
el de ayer! No conservo de los años antiguos,*

*sino esta calma llena de eternidad, y el acto
de llevarme las manos al corazón vacío*

*Y hablo aquí de la muerte con la misma ternura
de entonces, y como hablo de la bondad del trigo:*

*de la simplicidad del agua, de la esencia
de las cosas, del gozo del campo y del amigo*

*verdadero. Y mis manos escriben estas sílabas
del nombre de la muerte, con los júbilos íntimos*

*del que todos los días aguarda a que su mesa
la venga a compartir el verdadero amigo.*

*Aquel por quien los frutos del árbol se recogen
en toda su sazón, húmedos de rocío;*

*por quien el agua colma la oscuridad del cántaro
y el pan en los manteles es don de sacrificio.*

*Aquel único huésped por quien está la puerta
sin clausurarse nunca, y en el dintel los símbolos*

*de la hospitalidad, para que en el silencio
las manos se entrelacen con un temblor divino.*

*Oigo esos pasos en la sombra
desde los siglos y los siglos
sin poder silenciar su contumacia
ni extinguir su sonido
a equidistancia matemática
de mi cuerpo y mi espíritu.
No son los pasos inconfundibles
del amigo
ya muerto y siempre acompañándome.*

*Son mis pasos anfibios
de quelonio, de bestia de soledad
y de castigo.
Soy yo mismo buscándome
para verme sin temblar, sin huir del peligro
de lograr encontrarme
frente al espejo del abismo.
¡No son los pasos de los muertos!
Soy yo mismo, yo mismo!*

*Febrero 13 1988
México, DF*

ESTROFAS A LOS ARBOLES

*Bienaventurados los que son como los árboles,
porque de ellos es el reino de la tierra.*

*Cuando un ciprés señala constelaciones hondas;
cuando un fresno se mece delante del crepúsculo
y un roble se humaniza por íntimos desiertos,
todo lo que hay en mí de universal: la sangre
secreta de los pulsos; la voz elemental;
el tacto fiel que entiende la oscuridad del barro;
el color de la piel semejante al centeno
cuando el sol de las parvas generoso lo entibia;
todo lo que hay en mí de universal y palpa
perímetros de rocas; se mueve como un árbol
y con sed de luceros a los ríos se inclina.*

*Bienaventurados los que son como los árboles,
porque de ellos es el reino de la vida.*

*Lo digo, porque toda la aridez de unas lágrimas
ha secado las órbitas y esculpido mi rostro.
Porque he tenido sed infinita y sin calma.
Porque mi soledad ha sido como un hálito
de estepas que devora los amarillos huesos
y con jugos amargos de las sienés se nutre.
Porque he negado y soy salobre como un llanto
capaz de sostener las negaciones mismas.*



Slavak A. Be

*Porque mi dura fuerza me aísla en los destierros
de un continente solo que flota en el vacío.
Y sin embargo, lleno de vigor como un árbol
que surge de la entraña terrible de la noche,
mostrando sus certezas con húmedas heridas,
he podido sentir el calor del verano;
recibir en mi seno la bondad de las lluvias;
amar como los árboles y alzar como los árboles
las consteladas ramas vestidas de oropéndolas.*

*Bienaventurados los que son como los árboles,
porque de ellos es el reino de los hombres.*

*Lo digo, porque en todas las noches yo desciendo
a visitar los muertos por unas galerías
insomnes que se pierden en selvas ignoradas.
Mi espíritu se cubre de estrellas funerales
y polvo de sayal y luto de cilicio.
Avanzo por las criptas del tiempo y leo nombres
amados sobre piedras estériles escritos.
Oigo correr los ríos de la nada y dialogo
con sombras de unos seres que están en las orillas.
Sus rostros me contemplan; sus manos me saludan
y de nocturno musgo coronado su sigilo.
Cuando surjo del fondo de aquellas catacumbas,
hay círculos de acero debajo de mis ojos.
Mis pies, como raíces, conducen las señales
de bosques silenciarios y tierras ateridas.
Afuera, torres cándidas, caminos verdaderos
y un soplo de salud que pasa por las cumbres.*

AQUELLAS TARDES CLARAS

A Dolly Garson

*Aquellas tardes claras
con humedad de linos;
sus deslumbrantes álamos
y su perfecto amor.
Sedantes cabelleras
al hombro reclinadas;
espacio en los espíritus;
asombro en las miradas;
las nobles manos juntas
para encarnar los éxtasis;
al fondo las veredas;
los tardos caminantes;
la inmensidad del ángelus
por las montañas vírgenes,
y el alma estremecida
por un cordial temblor.*

*Hablar, con qué palabras;
oír, con qué sentidos,
si solamente existe
la dicha y en sus órbitas
el ser sumido está.
Los robledales verdes
concentran las penumbras;
el agua se difunde
por infinitos cauces;
la luz deja en los riscos
aristas de crepúsculos;
las lluvias y las hostias
florecen en las glebas,
y un alto sacrificio
corona el suelo ya.*

Amar aquellos ojos;
mirarlos hondamente;
volver a contemplarlos
en íntima quietud.
Hallar eternidades
ocultas en sus párpados;
la esencia de los días;
el manto de las noches;
la Cruz del Sur brillando
por esas plenitudes;
y recibir con lágrimas
humildes, la ventura
que viene de esos ojos,
y el don inmaterial
de tanta beatitud.

Tenía, como el valle,
frescura de manzanas;
el rostro de caléndulas
y leve carmesí.
Miraba hacia las nubes
con un candor angélico;
como si el aire fuera
su simple imagen única,
trazada en la inocencia
de los rosados días,
dejando ver ternuras
como sepultos sándalos,
sonrisas de cerezas,
y en los cabellos rubios
un tallo de alhelí.

Fue en tiempo de las parvas,
allá por los estíos.
El campo se llenaba
de intenso rosicler.
Bajaba de los ramos
una sazón de frutas;
los yugos reposaban;
los ojos de los bueyes
miraban como lagos;
las eras entreabrían
sus pórticos de oro,
y manos luminosas
dejaban en las mesas,
como esencial primicia,
las uvas y la miel.

Y un nombre, en los deliquios
más puros y sagrados.
Toda la inmensidad
tenía del amor.
La luz de aquellas sílabas
lo escribe con luceros
en cada noche mágica.
El alma lo pregunta
después de tanta ausencia;
lo bebe como un ánfora;
lo aspira como un cámbulo;
lo salva del silencio
de aquellas tardes claras
que huyeron para siempre,
y atónita lo esconde
con un cordial temblor.

LOS PARAMOS

*Hay en Colombia inmensas llanuras desoladas,
que el matorral con pompa de los inviernos viste.
Son los oscuros páramos que la neblina triste
reflejan en lagunas para siempre estancadas.*

*Por esas infecundas estepas castigadas
huyen caballos nómades, cuyo vigor resiste
la adversidad del páramo, que inexorable asiste
a la consumación de sus savias heladas.*

*La llovizna tenaz de las sierras subyuga
los ateridos ámbitos y ensordece la fuga
de los potros veloces por el mustio desierto,*

*perdido entre las ráfagas de todos los chubascos,
cuya tribulación agobia los peñascos
que guardan la amargura del altiplano yerto.*

C. SOLAZORA 88



ARBOL HUMANO

*Hablo de una presencia desolada.
De una raíz con su sabor de suelo.
De una hoja en sus ámbitos del cielo,
viva de azul, de claridad, de nada.*

*De un árbol corazón, vida encarnada
y ansiedad a los tránsitos del vuelo.
De un corazón alzado hacia el desvelo
y agónico de sombra iluminada.*

*Hablo de una presencia desasida.
De una muerte en la luz y de una vida
plena de abismo y de estupor profundo.*

*De una fuerza en sus órbitas muriendo,
De un árbol corazón que está viviendo
de la entraña recóndita del mundo.*

SABOR DE LA TIERRA

*Noble sabor que da de sí la tierra,
Sabor a vida y a bondad que vino
de su entraña, como un acto divino,
simple en la maravilla que lo encierra.*

*Una noche el diluvio de la sierra
mojó los surcos; y en su olor a lino
sentí la eternidad de su destino,
que abre corolas y sepulcros cierra.*

*Noble sabor a tierra, que encontramos
en nuestro pan, comido humildemente,
sentados en las glebas amarillas,*

*cuando a la tierra en plenitud llegamos,
después de caminar inmensamente
por nuestros corazones sin orillas.*

ESTROFAS CON PAJAROS

*A Jorge Zalamea
A Amelia Costa de Zalamea*

*Para hablar con los pájaros,
es preciso tener un corazón de niño.
Sentir como los niños y descifrar su abecedario
de enigmáticas lilas.
Comprender la humildad de los seres humildes:
la hormiga que transporta,
convertida en minúsculos granos,
su casa de arena.
El caracol que inscribe con las antenas dúctiles,
signos elementales en la pizarra de la noche.
El insecto que horada con sus pinzas la greda
y abre profundos túneles de finas claraboyas.
Haber vivido a orilla de las fuentes,
fijos los ojos en la libélula,
que algo perdió en la urdimbre de las plantas acuáticas,
y en sus cintillos busca.
Leer una y mil veces esas vocales llenas de azoro
que el diminuto pez envía en giros rápidos,
a la rana que estrena constelación de tréboles
sobre la espalda humedecida.
Y ser como los pájaros: levantar las migajas
que ruedan a los pies, como de las gavillas
partículas con sol desbordan en las parvas
Y decir, finalmente, al dejar las alcobas
en los amaneceres de guirnaldas y símbolos:
"El día llega y siento que soy como los pájaros".*

A LA PRESENCIA DE LA POESIA

*Como la luz al corazón despierto,
tu presencia de nube conmovida
descenderá a la sed que está escondida
en los estanques lóbregos del huerto.*

*Y al vaso de elección antes desierto,
cayó en la noche un agua estremecida,
y en las pluviales sombras su medida
mostró colmada el corazón abierto.*

*Ya son tuyos mis ramos de abundancia
y el temblor de mi vaso diamantino,
desbordado de pálidas estrellas.*

*Y te hallaré en mi próxima distancia
pues, cómo no encontrarte, si camino
sobre el oro invisible de tus huellas.*

BIOGRAFIA DE UN HOMBRE CONTEMPORANEO

*Entre dos guerras deflagró mi vida.
Entre dos apogeos del estrago.*

*Dos guerras grandes, como el mundo mismo.
Antes de la primera yo fui blanco.*

*Después de la segunda ya tenía
el color de la pólvora tatuado.*

*Antes de la primera iba desnudo,
animal inocente por los llanos*

*frumentales. Después de la segunda
cota de malla y corazón blindado.*

*Antes de la primera no tenía
temor del fuego, del rescoldo humano.*

*Durante la segunda intensamente
los tuétanos salidos me quemaron.*

*Pude sobrevivir arrebatándole
a un muerto su rincón. Y así, empujándolo*

*como a un costal de carcomidos huesos,
lo eché del foso y me escondí en su cárcamo.*

*Después clamaban a millar de voces
que yo era un resurrecto. Y me apedrearon.*

*Antes de la primera, humildemente
como se brinda un pan daba la mano.*

*Después de la segunda, la escondía.
Antes de la primera, noble el paso.*

*El de un hombre sencillo que confiara.
Después de la segunda, brinco largo*

*de tigre hambriento. Vida bifurcada.
Ni siquiera me duele recordarlo.*

*Carezco de dolor. No tuve triunfos
ni dignidad y soy uno de tantos*

*delincuentes de que hablan las noticias
cotidianas. Un nadie. Un ser castrado.*

*Lo demás que pudiera referiros
es aún más torpe, sórdido y extraño.*

*Intimidación inverecunda y podre,
Mi rostro no es auténtico. Es el falso*

*que ya todos tenemos y conmigos
porto un papel. En uno de sus ángulos*

*mi única dirección. No es verdadera.
Teléfono ficticio y un retrato*

*con arrugas. La máscara de un hombre
deliberadamente equivocado.*

*Alma y figura, nombre y domicilio,
todo es simulación, todo bastardo.*

*Lo que sé y lo que ignoro y lo que nunca
podré saber. El sueño y lo insoñado.*

*La inmunda cabellera hasta la espalda.
Un infeliz andrógino barbado.*

*Mas pudieran servirme estas señales
si algún día vulgar, un día amargo*

*sin fecha como hay muchos en la vida;
sin prodigalidad, un día avaro,*

*yo me muero en la calle como muere
sobre el gris callejón un perro anciano.*

RECUERDOS DE IZA

UN PUEBLECITO DE LOS ANDES

1. *Creeríase que la población,
después de recorrer el valle,
perdió la razón
y se trazó una sola calle.*
2. *Y así bajó la cordillera
se apostó febrilmente como la primavera,*
3. *En sus ventas el alcohol
está mezclado con sol.*
4. *Sus mujeres y sus flores
hablan el dialecto de los colores.*
5. *Y el riachuelo que corre como un caballo,
arrastra las gallinas en febrero y en mayo.*
6. *Pasan por la acera
lo mismo el cura, que la vaca y que la luz postrera.*
7. *Aquí no suceden cosas
de mayor trascendencia que las rosas.*
8. *Como amenaza lluvia,
se ha vuelto morena la tarde que era rubia.*
9. *Parece que la brisa
estrena un perfume y un nuevo giro.*
10. *Un cantar me despliega una sonrisa
y me hunde un suspiro.*



PASOS EN LA OSCURIDAD

A Otto Morales Benítez

*Siempre en la oscuridad oigo unos pasos
detrás de mí. ¿Quién me persigue, con ese ruido
lacerador de unos pasos monótonos en la sombra?
¿Seré yo mismo
que me desdoblo
y camino
retardado buscándome siempre, siempre,
con los cinco sentidos
sin lograr alcanzarme,
ver mi rostro legítimo,
mis ojos de tigre huérfano
perdido,
frente al aljibe de un abismo
colmado de formas abstractas, absolutas,
que los hombres no han visto?
Oigo esos pasos en la sombra,
desde niño,
allá en el páramo salvaje
que me asfixió con su granizo.*

C. Salazar. A / 88



Giró hasta alejarse más allá de lo Simple,
del relente que lo impulsara
con sus élitros absortos,
y del turpial que lo invistió de música.
Las espinas paralelas acudieron
y las hojas elípticas
y las elementales geodésicas
y las hipotenusas y tangentes,
a ver al triángulo danzante
llenar de arquitecturas fantásticas el bosque.
¡Danzó,
danzó,
danzó
hasta convertirse en aéreo círculo,
en espiral sin presencia ni substancia!
Y cuando la luz naciente
surgió sobre la Eterna Geometría,
cansado del sublime Movimiento
se reclinó a soñar otra vez sobre sí mismo
con la anestesia de un convólvulo
y en su quietud original exacta.
¡A soñar con sus misterios puros,
sus profundidades logo físicas
y la serenidad de lo Inmutable.
¡Cerebralmente inmóvil,
como Euklides lo había imaginado!